

Orden, recurrencia implícita

Order, implicit recurrence

Aceptación: 9 de marzo de 2010.
Aprobación: 30 de mayo de 2010.

Carlos Enrique Berbeglia¹

RESUMEN

El orden pareciera ser la preexistencia necesaria de todo lo existente, desde lo inanimado hasta la conciencia humana, con la subyacente estructura biológica. Tal vez se trate de una lectura compulsivamente antropocéntrica, de ser así, debiera tratarse de la más objetiva, si esta presunción cabe entre los hombres. A tal orden no le podemos exigir una misión o función moral ni moralizante, al preexistir y extender su existencia hasta cualquier presente histórico, lo fundamenta aun a costa del sufrimiento humano. Las consecuencias de estas características son las que investiga el ensayo donde el autor intenta, por todos los medios intelectuales a su alcance, evadir los planteos ideologizantes para su comprensión y desarrollo.

Palabras clave: Libertad, sociedades, individuación, sujeción alternativa, constancia.

ABSTRACT

It would appear that order must necessarily pre-exist everything which exists, from the inanimate to human consciousness with its underlying biological structure. This may be a compulsively anthropocentric reading, and if so perhaps an attempt should be made at greater objectivity, if men are capable of such. Of such an order we cannot demand a moral or moralizing mission or function; if it pre-exists, and extends its existence into any historical present, it is the basis for that present even at the cost of human suffering. The consequences of these characteristics are investigated in this essay, in which the author tries, by all the intellectual means at his command, to understand and develop them without positing any ideology.

Key words: *Liberty, societies, individuation, alternative subjection, constancy.*

¹ Dr. en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, Profesor titular regular de la Universidad de Buenos Aires, Vicepresidente de la Red Iberoamericana de Trabajo con Familias.

Orden, no otro ha sido el aspecto ponderable de las sociedades desde que la conciencia histórica, en diversos sitios e instantes de la vida planetaria, considerase su propio pasado, real o mitológico, y extendiese su visión egótica al variado paisaje, conocido / cercano, legendario / distante, al resto de la geografía apreciable en cada uno de esos momentos previos al actual, donde la tecnología pareciera haberlos, aunque no integrado, al menos *vinculado* gracias a las diversas redes electrónicas que blasona como su gran conquista.

Aunque la existencia de las especies antecesoras del ser humano (Hombre de cromagnon o, con la característica pedantería de nuestra *propia especie* que no se arredra ante los hechos que desmienten esa denominación, *homo sapiens*) no puede ser reconstruida con absoluta certeza por los datos etnográficos y arqueológicos, nos cabe *lógicamente* inducir que, en aquellas arcaicas sociedades, también un cierto tipo de orden imponía sus normas para las labores de subsistencia como la caza y la recolección, y, además, regimentaría seguramente la sexualidad, como acontece en *todas* las conformaciones, biológicas y culturales (al menos hasta ahora) conocidas.

Cabe tan holgadamente la aseveración acerca de la prevalencia del orden en el mundo que da pie para impugnar la existencia del antónimo como su paralelo absoluto. En efecto, es notable como cualquier alteración, y hasta en los resquicios más recónditos del Universo, es rápidamente asumida por el orden preexistente, o, en caso contrario, ese desorden inicial, una vez derrotado “el orden preexistente”, de inmediato reconvertido en orden: simbiótico, absolutamente nuevo o resurrección de uno anterior; el marco del tiempo en el que se desenvuelva obrará como *reordenativo*.

En griego, *cosmos* (*kósmos*), significa “orden” y, quienes lo contemplaban, de acuerdo con los postulados de la filosofía

clásica tradicional, se volvían *kosmios*, esto es, “ordenados”. Si bien, en la misma lengua, existe el término *kaos*, traducible como desorden, aquellos filósofos, no implementaron el concepto *kaiós* (“desordenado”), como una denotación, en su portador, antagónica y de un símil valor, aunque contrario ontológicamente a la de *kósmos*. En todo caso, un ser humano atravesado por esta situación adversa, se convertiría de inmediato para ellos en alguien infeliz.

El Universo, para todas las civilizaciones precientíficas, fue siempre considerado un *kósmos*, y así lo aseveran las tradiciones míticas, o bien surgió luego de una lucha titánica contra las tinieblas primordiales, como entre los hindúes², o bien creado directamente a partir de la nada, tal lo narrado por la tradición judeocristiana³. La actual cosmología, que en poco difiere, salvo en el andamiaje teórico-experimental, de las posturas inmediatamente anteriores, hereda el mismo afán por explicar el mundo en que nos encontramos, y, de acuerdo con el modelo del Big Bang, habría surgido de un algo anterior (¿una suerte de vacío?) por ahora, inexplicable.

Aquí, nuestro planeta, a nivel físico-químico, al reiterar en su seno los elementos del Universo donde se encuentra inserto permite a los científicos descubrir el mismo orden reinante en la totalidad, en tanto la vida, que lo privilegia, trasuda también en la convivencia y beligerancia de sus plantas y animales un sistema de leyes regidoras de esas multiplicidades que lo pueblan.

Si, como testifica la paleontología, hubo extinciones en masa sobre la superficie del globo terráqueo, que acabaron con diversos *fila* provocadas por variados tipos de desastres, este nunca dejó de repoblarse de inmediato por algún *filum* sustituto. El vacío no parece haberse adueñado de sus paisajes nunca.

² Leemos en el Rig Veda, X, 129: “En el principio existía tiniebla envuelta por tiniebla. Agua indiferenciada era todo esto”. Versos diez y once, traducción del sánscrito por Fernando Tola y Carmen Dragonetti, en *Filosofía de la India*, Barcelona, Kairós, 2008, p. 97

³ “La tierra estaba desierta y vacía y las tinieblas cubrían el abismo y el espíritu de Dios revoleaba sobre la superficie de las aguas”, Génesis, 1,2

El espectáculo que nos brinda la existencia de la naturaleza es caleidoscópico, una película pasada con lentitud, si filma el presente, y que debemos acelerar si pretendemos una visión de su pasado. En uno u otro caso *siempre* nos muestra una faz idéntica, la de un orden que, apenas aguijoneado por su débil oponente, se restituye, aunque fuere a costa del sacrificio de cuantos defendieran uno y masacre numérica de los atacantes.

Arrojemos alguna pedrezuela en la laguna calma ¿cuánto demoran sus aguas en restituir el espejo anterior que reflejan las nubes y un sol por las que resplandecen? Ahora regresemos a la imponente visión ofrecida por la naturaleza, una verdadera caja de Pandora: vientos huracanados que arrasan los bosques extinguiendo la vida de miles de aves y mamíferos, terremotos espantosos que modifican su geografía, glaciaciones que alisan con sus hielos suelos antes escarpados, temperaturas tórridas que los derriten... y una sola constancia: la desaparición de lo anterior y su inmediato reemplazo por lo posterior, nunca el vacío.

La entropía, tan del gusto físico del siglo XIX, no pudo aceptar que la tendencia al desorden postulada resulta de una lectura parcial de los hechos. Nunca lograron entender sus adherentes que en el inicial aserto físico “todo se transforma, nada desaparece” ya se encontraba escrita la sentencia de su equivocidad. Si requerimos de la utilización de energía para mantener cálido un ambiente, la suspensión de esta solamente implica que, esa habitación, adquirirá el frío exterior, no otra cosa. La falta de movimiento de los átomos bajo el cero absoluto es tan ordenada como la hiperactividad de sus partículas en el interior de una estrella.

No digo, por ende, que el desorden sea inexistente, sino instantáneo. Un orden nuevo lo reemplaza: la cría devorada por el zorro obliga a una nueva parición de la hembra depredada, las praderas arrasadas por una erupción volcánica se recuperan y asimilan sus cenizas, el desequilibrio, provocado por la aparición de animales ajenos al ecosistema, lo extingue hasta tanto nuevas formas de vida lo restauran. Esta instantaneidad ha de medirse con tiempos relativos a los propios

de cada episodio: acaso meses si se trata de la especie herbívora, o años si de las llanuras, tal vez un siglo cuando la modificación alcanza a los ecosistemas.

En el ámbito de la naturaleza, por lo tanto, el orden está implícito en sus leyes, son determinantes hasta el extremo de que hablar de “caos”, o al tropezar con fenómenos violentos o destructivos, a nivel cósmico o en nuestra propia tierra, resulta un antroporfismo insostenible. La formación de un ciclón que demuele poblados enteros responde por una serie de condicionamientos meteorológicos (choques de corrientes de aire ascendente cálidas con otras descendientes de aire frío, en zonas de bajas latitudes y de temperaturas altas y húmedas) y, lo mismo cabría afirmar de los estallidos de las supernovas que despliegan, en días, la misma energía que nuestro sol expande en milenios, debidos al colapso del núcleo de la estrella.

La plasmación del orden es absoluta, resultando sucedáneos transitorios las manifestaciones que aparentemente lo perturban, momentos necesarios para su prosecución impertérrita a los largo de los eones que lleva estructurando el Universo.

Tres series sucesivas (y, entre nosotros y ahora, simultáneas) donde el orden figura como un edificio sin intersticio alguno, salvo esos balcones ciegos momentáneos que lo alternan, del desorden. El Universo (conocido) como sostén imperioso, comprendidos sus cúmulos galaxiales y el minúsculo sistema solar situado en la Vía Láctea, allí un planeta, denominado Tierra, alberga la vida, y, en ella y por ella, los hombres, habitantes en distintas culturas donde nacen, se desarrollan, reproducen y mueren, regidos por órdenes diversos cuya única diferencia fundamental radica en la mayor o menor libertad de la que dispondrán a lo largo de su existencia.

Al regresar, entonces, a las innumerables sociedades y culturas que dan cabida a sus componentes (o que estos constituyen, depende del ángulo desde el cual se enfoque esta particular copertenencia) resulta notable lo siguiente: las “momentáneas” alteraciones que las desestabilizan surgen de una frecuente y feroz descomposición: la decadencia de

prácticamente la totalidad de los imperios, el lento hundimiento de civilizaciones laboriosamente edificadas o la devastación, por parte de pueblos aguerridos, que sufren los grupos humanos no preparados para esas invasiones⁴.

Sucumbieron previa decadencia o de manera repentina fueron asoladas por el caos de la descomposición interna, sumado a la astucia de la organización y poder externos. Precedidas por ese caos, sí, pero un caos vertebrado por un orden que lo arrojava inmediatamente de su compañía en cuanto hubo logrado sus propósitos.

Un orden agresivo, al colocar su mira en el propio de la sociedad que busca transformar (por liso y llano exterminio, conquista colonial o lo que fuere, si accede desde el extranjero), comienzo habrá de investigar los desequilibrios internos que posea, y, con el auxilio de ese conocimiento, acrecentará sus contradicciones hasta volverlas insoportables. Será el paso inicial para provocar la destabilización del gobierno y confundir a sus funcionarios obligándolos a tomar medidas apresuradas, inconsultas e impopulares acelerando así su caída. No titubeará en echar mano a sobornos y cohechos para debilitar paulatinamente el frente interno, favoreciendo la sucesión, entonces, de las traiciones y rápidos cambios de *ropaje* político de sus integrantes, las difamaciones de los grupos entre sí, las distorsiones de los procesos ideológicos que podrían ayudar a la reorganización de sus distintos poderes. En fin, un montaje de dudas y sospechas, resquemores, previos al pánico que resumirá los meses o años de esa convulsión iterativa en un temblor final, al que doblegará el mandato supletorio, cualquiera resulte su proveniencia o signo.

La historia del colonialismo europeo, a partir de la incorporación de los restantes continentes a su órbita, registra el clímax de este orden agresivo, perturbador y des-

equilibrante que, a la postre, fuera el remate definitivo de la larga Edad Media en la que hubiera caído Europa, y, paralela y paulatinamente, la destrucción del *modus vivendi* de la práctica totalidad del mundo al que arribaran sus navíos y soldados, sacerdotes y funcionarios, migrantes y aventureros de toda laya que la posibilitaran. Esta apertura al mundo les permitió a los europeos agilizar sus duras capas sociales gracias a los movimientos de las poblaciones debido a la multiplicación de sus vías internas de tránsito, desarrollo del comercio, perfección de sus manufacturas, mejora del régimen alimentario, acrecentamiento de los bienes, entre otros fenómenos que aumentaron su riqueza hasta límites entonces inimaginables.

El siglo XVI, en consecuencia, marca el despliegue de una onda normativa que atraviesa todo tipo de fronteras con directivas comunes: Europa es el centro y de ella emanan las leyes y saberes el resto del mundo, por el contrario, la periferia que acata esas decisiones aun a costa de su desmembramiento.

Para el logro de esta gigantesca empresa fue necesario un proceso de concientización cultural de los pueblos colonizadores que diera lugar a un eurocentrismo avasallante basado en la religión, la filosofía y el impulso tecnológico derivado de las ciencias garantizando la aceptación de ese orden en cuantas mentalidades contactara (y que solo en los últimos años comienza, débilmente, a revertirse).

Un beneficio obtenido gracias al mérito de una hipocresía intelectual de intensidad y exaltación desconocidas hasta entonces, basada en un común denominador que reviviera y repitiera hasta el hartazgo la idea de dos mundos geográficamente colindantes pero completamente opuestos en lo espiritual: por un lado la luz y, en las otras tierras, el como de sombra que esa luminosidad se digna esclarecer (mérito de su filosofía, religión y ciencia) aunque, para conseguirlo, debiera

⁴ Las civilizaciones y pueblos asiáticos, mediterráneos y africanos, las culturas y sociedades norte-europeas, americanas y australianas. Nombrarlas a cada una volvería la cita abrumadora. Todas emergieron en parte gracias a la sangre de aquellos a cuantas sucedieron luego de haberlas derrotado, y, luego, repitieron el mismo proceso inversamente. El canal de este proceso fue, de forma constante, el orden que dispuso del caos hasta lograr su objetivo.

reducir a la servidumbre a los aborígenes americanos, al vasallaje a los pueblos del oriente asiático y esclavizar a los negros del África, *reordenando* sus organizaciones desde las mismas raíces.

La actual coyuntura histórica no difiere un ápice de los tiempos que la precedieron, ni cesa en mostrar la misma crueldad y ensañamiento con los derrotados expuesta por los invasores, de cualquier signo o procedencia. Con un agregado truculento: a diferencia de los horrores cometidos en todas las guerras hasta bien entrado el siglo XIX, las fotografías y filmaciones, primero, la radio después, y, luego, la difusión de las imágenes vía TV o correos electrónicos, las víctimas, hostigadas y hambreadas por el arrinconamiento de las tropas enemigas, los testimonios de los sobrevivientes torturados y vejados, los cadáveres destrozados por las bombas, se fueron convirtiendo en moneda corriente para la platea masiva a partir de la Segunda Guerra Mundial y las denominadas “guerras periféricas” sucedidas desde entonces.

Una segunda hipocresía ampara las decisiones tomadas por las grandes potencias en su “requerimiento moral” de imponer el orden, en reemplazo de la anterior, no del todo derrotada luego de las hecatombes históricas signadas por el racismo que implicaran, pero, al menos, mantenida por conveniencia oculta: se trata ahora de “defender la democracia” amenazada por un terrorismo internacional o por dictadores capaces de fabricar armas de exterminio multitudinario entretanto asfixian a su propio pueblo. Para impedirlo, al no resultar suficientes los bloqueos económicos o aislamientos diplomáticos, el recurso de los bombardeos previos al arribo de la infantería para derrocarlos aparece como el de mayor efectividad y no titubean en utilizarlo⁵.

Empero, no se trata de emitir juicios adversos a ciertas ideologías, cayendo, inadvertidamente, bajo el planteo discursivo de alguna distinta obrante subrepticia, así como tampoco de proponer una filosofía de la historia excluyente de esas actitudes imperiales, sino de una simple constatación: la persistencia del orden como si se tratara de un cordón umbilical que, partiendo de un vientre físico reinante en la integridad del Universo, se extiende al mundo biológico terrestre, de este a la psique humana y, de la misma, a todas y cada una de los emprendimientos que haya realizado desde que eclosionara en el planeta, bien se trate de los juegos infantiles o de los deportes convocantes de miles de espectadores, unos con regulación implícita y los otros con normas específicas, del alegre dinamismo presente en un parque de diversiones o de una seria procesión religiosa prevista hasta en sus mínimos detalles, del minucioso protocolo para recibir a un jefe de Estado o de los cálculos económicos cuando una temporada de sequía amenaza las cosechas de una región determinada.

Ya en el campo de las ideologías incluso el anarquismo, el cual frecuentemente fue temido como una postulación que desbordaría todo tipo de controles inaugurando una era de libertades ilimitadas lindantes con las rebeldías propias de la adolescencia, paradójicamente, impulsa un tipo de orden sumamente estricto. Un orden nuevo, a surgir luego de haberse derrocado los sistemas políticos anteriores clasistas y racistas, jerárquicos y teístas, predominantemente economicistas y apoyados en el consumo para sostener ese esquema. Las ideas libertarias reniegan tanto del comunismo, aunque hayan surgido casi al mismo tiempo, cuanto del liberalismo, de los nacionalismos y el nazi-fascismo y postulan el desarrollo de las comunas en cuyo seno se discuta hasta el mínimo detalle cuanto les concierna. A estas discusiones habrán de te-

⁵ Desde ya que, en principio, nos encontramos pensando en los ataques norteamericanos y de sus aliados a países asiáticos, ya no como el infligido a Vietnam, donde la excusa era para detener el avance comunista representado, en aquel entonces por la URSS, sino en los delitos de lesa humanidad cometidos contra el pueblo iraquí, víctima indefensa de los retenes de las tropas yanquis y de la sucediente guerra civil que desencadenaran. Pero no solamente a ellos, ampliamente difundidos por diversos medios, los choques tribales en el África revisten una semejante crueldad, pero como se trata de un continente caído de la historia ya ni se los toma en cuenta.

ner acceso *todos* los componentes del grupo, sin distinción de rango o sexo, y las exposiciones de los oradores habrán de sucederse disciplinadamente para evitar incomprendiones y desbordes por parte de los asistentes.

Y una nueva paradoja, lingüística y filosófica, pero también de las actitudes y acciones de quienes conforman este lineamiento político: de la expresión “anarquismo” no se desprende el concepto “anárquico” que sí quiere decir desordenado o confuso, pues, del encaminarse anarquista hacia una sociedad sin gobierno no se deduce una sociedad *ingobernable* o caótica, sino más bien unos conjuntos grupales ordenados bajo otros parámetros que los vigentes, sin las directivas emanadas de una burocracia gubernamental y controlados por su poder jurídico y policial sino autogestionados y dueños de sus propias reglamentaciones. A no dudarlo se tratará de una utopía, que, sin embargo, no descarta el orden, un orden distinto al común de las sociedades imperantes, pero, al fin y al cabo, un orden, en su interior, con muy pocas huellas de “anárquico” precisamente.

De la inexistencia de sociedades desordenadas no colijamos que el orden implícito en las mismas se deba a la vigilancia ejercida por distintos organismos a cargo del Estado. Aunque, a veces, históricamente, confluyan, difieren grandemente las “sociedades ordenadas” de las “sociedades vigiladas”. Las principales galerías comerciales, bancos o salas de esparcimiento ubicadas hoy en cualquier lugar del mundo cuentan con circuitos cerrados de televisión que permiten el seguimiento paso a paso de los usuarios que frecuenten esos centros. La paranoia contemporánea, desatada por las amenazas del terrorismo internacional, ha trasladado los controles desde lugares claves de concentración y dispersión humana, como las estaciones de trenes o aeropuertos internacionales, al interior de las ciudades interfiriendo incluso en la vida privada de los ciudadanos. Las tarjetas de crédito dan pie a las compañías financieras para conocer hasta las mínimas fluctuaciones monetarias de sus dueños, la telefonía celular permite la inmediata ubicación de quienes los llevan, la mayoría de los programas televisivos, con la carga de imbecilidad expuesta, dirigen los gustos de los espectadores programando su psique,

condicionándole una visión cauterizada de la realidad.

Si bien existen órdenes implícitos y explícitos, la vigilancia se revela siempre explícita. Es más, cuanto mayor orden interno muestre una sociedad cualquiera, menor será la vigilancia que le demandará sostenerlo. En cambio, en las sociedades descompuestas debido a diversos motivos, la vigilancia se hará notoria con la finalidad de amedrentar a los posibles autores de hechos delictivos (o considerados delictivos dadas las circunstancias especiales del momento).

La culminación de la vigilancia advendrá, empero, cuando cada miembro de una sociedad determinada se convierta en su propio observador y un hálito de sospecha y resquemor rodee cada episodio que reúna un grupo de personas, en donde la denuncia por divergir de lo preestablecido se convierta en moneda corriente y la existencia cotidiana derive en un permanente estado de alerta.

No hay sociedades desordenadas. A partir de esta idea-guía cabe la afirmación de que, a lo sumo, las habrá “descompuestas”, “desorganizadas”, “desarticuladas”, “deterioradas”; grados diversos que no equivalen a *desordenadas* porque un determinado tipo de orden rige cada uno de esas —diversamente momentáneas— *instancias* por las que atraviesen dichas sociedades. Siguiendo estas especificaciones y atendiendo a la modalidad consumista actual, requerida por un sistema económico que obliga a la compra compulsiva de artefactos casi de inmediato desdeñables ¿revelaría, acaso, una sociedad con valores propios, que se limitan a divergir de los anteriores, o expondría la lujuria precedente de una caída inexorable y su reemplazo por un orden de distinto signo? Más aún, ¿la afecta alguna de estas *instancias* al ser, de acuerdo a los parámetros utilizados para observarla, moralmente reprochable?

Porque la atribución de alguna de estas *instancias* a las sociedades superdesarrolladas actuales, afectadas por el consumismo como desvalor, pareciera llanamente desmedido, aun atendiendo a la compulsividad de la que hacen gala las víctimas de sus prerrogativas publicitarias, si las comparamos

con los hábitos de los integrantes de las pandillas habituales en las repúblicas centroamericanas⁶ y que asesinan a quienquiera se les cruce por el simple gusto de apretar el gatillo de sus armas. La dinámica social contemporánea, la tecnología, la brusca desaparición de las pautas tradicionales en cuanto sitio alcance la aureola de Occidente ha posibilitado la convivencia de las sociedades secretas derivadas en mafias con la circulación de los alucinógenos, los paraísos fiscales, el trato de personas prácticamente reducidas a esclavitud (prostitución, inmigración ilegal, trabajos en condiciones indignas), la venta de órganos y otros males que exponen crudamente su “*descomposición*” y “*deterioro*”, pero, de ninguna manera una “*desarticulación*” o “*desorganización*” de sus actores.

Presentan como punto de contacto el actuar arbitrario; pero la impunidad que les garantiza este accionar, propio de sociedades variadamente *deterioradas*, se trasvierte en estrictas organizaciones donde sus integrantes acatan, espiritual y psicológicamente, las jefaturas y sus imposiciones, a resultas de las cuales lanzan después al medio desconcertado su preciso ordenamiento estructural que les permite, sumados a los trastornos aludidos, desde hacer estallar un oleoducto con explosivos plásticos hasta introducir medicamentos adulterados en las farmacias o manejar los casinos u otros tipos de juego y fomentar indirectamente, por lo tanto, el crecimiento económico de ciertas zonas del planeta o compañías fraudulentas gracias al blanqueo posterior de las onerosas ganancias obtenidas.

Articulación dentro del *deterioro*, organización metida en los tuétanos de sociedades *descompuestas* y vanamente vigiladas, una turbamulta de denuncias en todos los foros internacionales y complicidades políticas, militares y hasta eclesiásticas⁷ que

embrollan la resolución de los problemas las veces que aparecen. En suma, un cambalache donde el orden se mantiene inalterado⁸ campeando, como un ojo gigantesco, cuanto ocurre.

¿Qué debe entenderse, en el espacio narrado ahora por corrupción? Las numerosas oficinas y departamentos “anticorrupción”, cuando acosan a los Estados con sus críticas y recomendaciones, deberían recordar las cuentas de colores y espejitos de cristal barato, mercancías con las que los colonizadores engatusaban a los aborígenes de las tierras conquistadas a cambio de esos productos obtenían metales preciosos y otros bienes, como servidumbre en América y esclavos en el África que les facilitaban los caciques corrompidos, práctica continuada, en los tiempos actuales, con los préstamos de organismos prestigiosos como el FMI, con intereses leoninos que deben pagar los pueblos con desnutrición y angustia, entretanto los funcionarios que les abrieran las puertas, gozan de los dividendos obtenidos merced a sus felonías.

La corrupción se encuentra fácilmente instalada en el mundo contemporáneo, posee, al igual que las *instancias* que afectan sus estados, grados; será evidente y grosera en los países *descompuestos* y sutil e indirecta en los menos *deteriorados*. Empresas y negocios, firmas comerciales y hasta obras de bien público servirán de máscaras para el necesario blanqueo de los capitales, la suma total del movimiento habrá de ofrecer siempre el mismo resultado: un orden inmovible: de un lado los corruptos y, del otro, los sanos: su buena, rozagante presencia y alardeada pureza no los acompañaría a estos últimos de no acontecer la entrega de los iniciales.

De nuevo el resplandor sonriente de los balances fraguados, ahora en forma de éticas filosóficas abstractas sucediéndose con la misma rapidez vertiginosa que la des-

⁶ Denominadas popularmente “maras”, aunque nada tienen que ver con la fiebre patagónica que lleva la misma denominación, un simpático roedor con costumbres monogámicas.

⁷ Los sicarios de los carteles que operan en México y otros países centroamericanos apelan a una virgen que los protege mientras cometen sus fechorías. No sería de extrañar la “comprensión” de algunos sacerdotes que, invocando, e interpretando peculiarmente, algún pasaje del Evangelio, los patrocinaran.

⁸ Como bien lo demostrara Enrique Santos Discépolo en un tango memorable.

aparición de especies y horizontes prístinos, justificaciones que reniegan observar cómo sus elaborados argumentos se encuentran supeditados al orden reinante, un orden que nunca caduca, manifiesto en un caos de pobreza y criminalidad propios de algún paraíso tropical y en la contrapartida, tranquila, subsistencia de un pequeño condado europeo o una costa veraniega, donde las leyes parecieran coincidir con los dictámenes éticos de las filosofías que obviarán los paisajes anteriores.

Porque orden no es sinónimo de bien (ni tampoco de mal, no coincide con ninguno de estos valores, por eso puede resultar bueno o malo concordando con las circunstancias o intereses de las personas alcanzadas, o desechadas, por *algún tipo* de suceso vinculado con *algún tipo* de orden). Al igual que las leyes, que, menos aun, son benévolas o malignas y, aunque aparezcan como la cara regularizada de la justicia, muchas veces su implementación no concuerda con el auténtico pedido de justicia solicitada a gritos por un pueblo o por un individuo solitario. La perentoria acucia por obtenerla es lo que suele alterar el orden al que las sociedades se acostumbraron y al cual creyeran natural, así trastorne o conflictúe las verdades que cimentaron ese orden.

En los desórdenes, al ser provisorios, tampoco cabría la asignación de positivos o negativos, como sí en sus derivaciones: los desbordes revolucionarios al provocar miles de muertos, si bien ideológicamente vindicados al principio suelen resultar luego en un proceso revisionista, severamente criticados en un ida y vuelta constante donde la balanza pareciera presa de un vaivén enloquecido y las interpretaciones —históricas, económicas, filosóficas, religiosas— no acertarán nunca a una visión definitiva y cierta.

Orden —desorden provisorio—orden interior en el desorden provisorio— restauración del orden (primero, segundo... o infinito) hegemonía, por lo tanto, del orden y una sola víctima sacrificada en el altar del orden recurrente y absoluto: lo individual, se trate de una persona sola o en compañía de sus afectos inmediatos, una especie vegetal o un íntegro planeta, orden en el desorden aparente de un conflicto y las víctimas que apuntalan la resurrección del orden, caos que sumerge en la angustia a un pueblo y posterior resurrección de un orden degradado. Sequía / inundación, muerte / vida, lentitud / premura, ¿de cuál extremo interponer positivo / negativo? La (las) víctima(s) sacrificadas en el altar del orden recurrente poseen las respuestas.

Colofón

Baste una sola cita, como resumen de las incontables que podrían abrumarnos, para documentar todos y cada uno de los párrafos del presente ensayo:

Carta del General Sherman a Buffalo Bill. “Según mis cálculos había en 1862 más o menos 9 millones de bisontes comprendidos en las planicies entre el Missouri y las Montañas Rocosas. Por esa misma fecha había unos 165.000 Pawnees, Sioux, Cheyennes, Kiowas y Apaches, cuya alimentación anual dependía de estos bisontes. Ellos también han partido y han sido reemplazados por el doble o triple de mujeres y de hombres de raza blanca, que han hecho de esta tierra un vergel y que pueden ser censados, pagar sus impuestos y ser gobernados según las leyes de la naturaleza y la civilización. Este cambio ha sido saludable y se llevará hasta el fin”

Citado por Clastres, P. (1981). Investigaciones en Antropología. Barcelona.